JOSÉ M.ª DE COSSÍO Y MIGUEL HERNÁNDEZ: REPARACIÓN DE UNA INFAMIA

Por
JOSÉ LUIS FERRIS
(Universidad Miguel Hernández)

Las leyendas y las infamias se construyen, se quiera o no, contra toda voluntad de verdad. Detrás de un hecho contado de modo inconsistente, sin mayor prueba o argumento que la intuición o el rencor, que el deseo de maquillar la realidad, de ajustar lo imaginado o lo supuesto a los pilares de la historia, hay siempre un gesto mezquino y unas consecuencias muchas veces irreparables.

Ese es el caso de una relación limpia, desinteresada y fraterna que, por una serie de razones (o sinrazones), se trasformó, a lo largo de los años, en un infundio sin sentido. Hablamos de la amistad entre Miguel Hernández y José María de Cossío y de lo que se llegó a convertir en una turbia historia que sólo ha servido para manchar injustificada e injustamente la imagen de Cossío, despreciado por muchos de los allegados al poeta, y para hacer del propio Hernández una víctima confiada de quien sólo le prestó afecto, protección y ayudas de toda índole en los momentos de mayor necesidad.

Las claves para entender esta condena en vida de la persona de Cossío parte, esencialmente, de un texto literario firmado por Pablo Neruda y de dos documentos (uno consecuencia del otro) de dudoso origen que han servido para que ciertos biógrafos y la propia familia del poeta de Orihuela, esencialmente su viuda y su hijo, manifestaran escaso aprecio por el autor de la enciclopedia *Los toros*.

Dejando para más adelante la cita de Neruda, la referencia documental a que nos referimos la podemos encontrar en la página 81 del libro *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, publicado en mayo de 1980. Allí leemos el siguiente fragmento:

> Además, tuvo que soportar y sufrir la clase de libertad que fueron a ofrecerle. Una libertad a cambio de colaborar con aquel Régimen. Lo visitaron en el penal de Ocaña, varias veces, unos cuantos amigos. Entre ellos, D. José María de Cossío. Miguel no olvidó nunca la acción de aquellos amigos que querían convencerlo en una libertad que no era de la condición de él. Desde la prisión de Alicante le decía Miguel a Carlos Rodríguez Spiteri, el 10 de octubre de 1941: «No me recuerdes a Cossío. Recuérdame a los amigos de verdad». En este negocio no dejaron a Miguel tranquilo...

La carta que cita Josefina Manresa, fechada, en efecto, en Alicante el 10 de octubre de 1941, estaba en posesión de Carlos Rodríguez Spiteri, y decía textualmente en sus párrafos finales:

> Me contraría la actitud silenciosa de Vergara. La gravedad de mi situación familiar y particular ha exasperado tal vez mi sensibilidad.
> Hasta cuando sea posible que nos veamos. No me recuerdes a Cossío. Recuérdame a los amigos verdaderos. Y recibe un fuerte abrazo.
>
> Miguel

Lo primero que llama la atención de la misiva es que no está escrita de puño y letra por Miguel Hernández. Por esas fechas, el poeta no se encontraba todavía mal de salud. No se había manifestado la tuberculosis y podía perfectamente escribir y enviar cartas y notas, como así fue, a otros destinatarios, y como haría al mismo Rodríguez Spiteri el 26 de enero de 1942, ya desde la enfermería. No negamos que pudo ser dictada por Hernández pero, como señala Rafael Gómez en su estudio *Miguel Hernández: las cartas a José María de Cossío* (Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1985), bien cabe pensar en la «interpolación de un texto apócrifo».

En cualquier caso, si nos ajustamos a la legitimidad de la carta, hasta parece cabal admitir que el poeta se hallase en una situación, como él mismo dice, de «exasperada sensibilidad» y que pudiera interpretar como extorsión lo que, en boca de Cossío, solo era voluntad de consejo por aliviar la situación del amigo.

Aún así, y teniendo en cuenta que las presiones y chantajes que Miguel verdaderamente padeció procedían de personas menos clementes, extraña que la viuda del poeta pudiera meter en el mismo saco a hombres como Cossío. Basta con recordar otras cartas escritas por Hernández quejándose amargamente de esta clase de coacciones y exigencias:

> [Ocaña, 26 de abril de 1941] Almarcha y toda su familia y demás personas de su especie que se guarden muy bien de intervenir para nada en mis asuntos. No necesito para nada de él, cuando he despreciado proposiciones de otros muchos más provechosas. Ya te contaré, y comprenderás que no es posible aceptar nada que venga de la mano de tantos Almarchas como hay en el mundo. Sería una verdadera vergüenza.
>
> [Reformatorio de adultos de Alicante, 31 de octubre] Mi querida esposa: Siento haber dado mi negativa a la visita que tuve por ti. Siempre pienso lo que hago razonando el beneficio que puede ocasionar a mi hijo y a ti. Sé que momentáneamente sólo perjuicios ocasiona esta actitud mía a tu situación. Tú sabes que siempre he vivido para ti y que en cuanto salga te lo demostraré mejor y que hay cosas que no puedo ni debo hacer porque sería no respetarme ni respetarte.

Josefina Manresa, difusora en parte del descrédito de Cossío, tenía razones y pruebas más sólidas para dirigir sus acusaciones hacia figuras tan determinantes en el destino de su esposo como la del canónigo Luis Almarcha. Ella fue la primera en reprochar al poeta su terquedad, su firmeza ideológica. Ella fue quien, en aquellos momentos, no se hallaba en condiciones de entender lo que Hernández «tuvo que soportar y sufrir», «la clase de libertad que fueron a ofrecerle personas como Almarcha. Una libertad —como ella misma decía— a cambio de colaborar con aquel Régimen.»

Bien al contrario y llevada por su particular temperamento, Josefina decidió pagar a Miguel con la misma moneda, echándole en cara el poco amor que demostraba por su hijo y la precaria situación económica en que se veían por culpa de su testarudez. El 7 de noviembre de 1941, Miguel volvía a escribirle con profundo tono de amargura: «Haces bien en dejar de venir mientras no te llegue algún dinero. Me acostumbraré a no ver a Manolillo, lo mismo que me he acostumbrado a muchas cosas. Josefina, nunca me he hecho ilusiones. Siempre he sabido lo que había de ocurrirme, pero he tenido que callarme muchas cosas para tenerte tranquila. Es posible que quiera a mi hijo menos que tú; por hoy no puedo hacer lo que tú misma ves mal». El terrible cargo de conciencia que volvía a atenazar a Miguel y que había provocado aquel serio disgusto entre la desdichada pareja se debía, pues, a aquel «benefactor» que, aquellos días de octubre, trató de conducir a Hernández hacia el redil del nuevo orden y del «buen juicio».

Lo que queremos manifestar, regresando a la carta enviada supuestamente por Miguel a Rodríguez Spiteri y junto a lo manifestado por Josefina Manresa en sus memorias, es que este tipo de comentarios son ciertamente injustos con una figura noble y honesta como José Maria de Cossío; hacen blanco en su bonhomía y en su clara honradez; se apartan de lleno de la serie de documentos y testimonios que defienden lo contrario y que dejan en inmejorable lugar la conducta de Cossío con Hernández y el afecto que reinó entre ambos.

Si comenzamos por el propio Carlos Rodríguez-Spiteri, quien mantuvo gran amistad y relación con José María de Cossío y, sin ninguna duda y hasta el final, con Miguel Hernández, conviene tener en cuenta los datos que el poeta malagueño nos aporta. Así, en una carta remitida por Rodríguez-Spiteri el día 2 de junio de 1980 a la Institución Cultural de Cantabria, se puede leer:

> Sobre el otro asunto que me pregunta en su carta en relación con Miguel Hernández y José M.ª, le puedo decir, pues varias veces se lo oí contar, todas las gestiones, algunas difíciles que hizo con el General Vareta entonces Ministro del Ejército en favor de Miguel hasta conseguir la conmutación de la pena; a algunas de estas gestiones le acompañaron Rafael Sánchez Mazas que creo en esa época era Ministro sin Cartera y José María Alfaro que me parece que en esas fechas era Subsecretario... No sé quién ni cómo le pudo llegar a Miguel una información sobre la conducta de Cossío y de que ésta no estuvo volcada a su favor, como yo creo que lo hizo. En una de mis cartas a la cárcel se lo decía, y Miguel me contestó con la carta, que no es de su letra, de la que le mando fotocopia, y que tristemente ha salido a relucir, creo que sobre este penoso asunto es lo que puedo contarle.

De igual tono son las palabras que el poeta Jorge Guillén recogía en carta fechada el 20 de mayo de 1980:

> Me indigna lo que usted me cuenta respecto a los ataques a José María (de Cossío). Totalmente injustificados. José María protegió durante varios años literaria y económicamente a Miguel Hernández. Miguel Hernández, poeta genial y pastor cándido, buenísima persona. Tengo la impresión de que José María con algún otro amigo hizo lo posible para que Miguel no fuera el segundo gran escritor asesinado. (Me contaba José María: aconsejándole al pobre infeliz le decía: «Confiesa lo que quieras, pero no digas nunca que eres escritor». Frase terrible. ¡Cómo refleja aquel ambiente!)...

También el escritor y poeta Leopoldo de Luis, en carta del 29 de mayo de 1980, se animaba a confesar:

> Personalmente, me gustaría saber bien en qué consistieron aquellas supuestas proposiciones que, tal como se cuentan, no las veo bien encajadas en los métodos de la época. Yo viví esos años, como sabes, y los viví desde el lado de las víctimas, siendo una de ellas y la verdad es que no reconozco el estilo. El desprecio era aún mayor, la fosquedad era aún más grosera, la humillación y el escarnio aún más crueles. No, no me encaja la anécdota en mis sabidos esquemas. No se daba nada a cambio de nada, sino que se negaba todo, se nos negaba todo. Se nos escupía con la más pavorosa indiferencia. Eramos los que Foxá llamó «los homeros rojos». ¿La proposición fue a Miguel por ser Miguel...? ¿Excepcionalmente? no digo que no, pero repito que no acabo de verla claramente.

Cossío, como los amigos de Hernández que simpatizaron o se acomodaron al régimen, o como otros escritores que padecieron su misma situación, sólo pudieron sugerir a

Hernández algún tipo de gesto que les permitiera, con mayores argumentos, gestionar su libertad. En aquel tiempo, concretamente el 31 de julio de 1940, el Patronato Central de Redención de Penas acababa de imprimir en los Talleres de la cárcel de Alcalá de Henares el libro *Musa Redimida*. En el volumen, con una tirada de 30 000 ejemplares, se mostraba una selección de poemas que, mediante Concurso Nacional, habían escrito los presos de España. Allí, entre sus páginas, se podía distinguir la firma de algunos poetas allegados a Hernández, como Jesús Cancio y Germán Bleigber. Con éste último, Miguel había coincidido en la cárcel de Torrijos dos años antes. No hay constancia de ello, pero cabe la posibilidad de que al poeta de Orihuela se le invitara, dada su condición, a presentarse a este Concurso de Arte en las prisiones, y que Hernández rechazara el ofrecimiento.

Si fue esta la propuesta a la que se refirió en su día Josefina Manresa, poco podríamos achacarle al bueno de Cossío.

Historia de una amistad

Tal y como indica Mario Crespo López en *José María de Cossío. Vida hasta la guerra civil (1892-1939)*, «Miguel Hernández y José María de Cossío, dos personalidades insoslayables de la literatura española, forjan entre 1935 y 1942, los últimos años de vida de Hernández, una fuerte amistad nacida de la admiración y la mutua colaboración».

La relación de Miguel Hernández y José María de Cossío se inicia a mediados de marzo de 1934, en la tertulia de la revista *Cruz y Raya*, que dirigía José Bergamín. Era el segundo viaje del poeta a la capital y, allí, en la calle del General Mitre, donde se fraguaría la publicación de su auto sacramental *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras*, Miguel pudo conocer a Luis Felipe Vivanco, José María de Semprún, José Herrera Petere, Luis Rosales y, por supuesto, a Cossío, que formaba parte del consejo de redacción de la citada revista.

Cossío tenía por entonces 42 años (nació en Valladolid en 1892), era Doctor en Derecho y había cursado estudios de Filosofía y Letras en Salamanca, teniendo como profesor a Miguel de Unamuno. Ya en Madrid, pronto se integró en el grupo de poetas e intelectuales que dio nombre a la generación del 27. Entre 1931 y 1932 ejerció de Director interino de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, fue miembro de la Junta de Gobierno de la Sociedad Menéndez Pelayo y Director de los Cursos para Extranjeros de Santander. En 1931 recibió el Premio FASTENRATH de la Real Academia Española por su obra *Los toros en la poesía castellana*. De 1932 a 1936, como curiosidad, fue Presidente del Racing de Santander Club de Fútbol y alcalde-presidente del Ayuntamiento de Tudanca de mayo de 1933 a septiembre de 1936.

Fue en septiembre de 1934 cuando inició los trabajos para la enciclopedia *Los toros* en Madrid, por encargo de la Editorial Espasa-Calpe. Permaneció en la capital de España hasta concluir la Guerra Civil, volviendo a Tudanca el 22 de julio de 1939. Se integró en el nuevo régimen y el 4 diciembre de 1947 ingresó, como Electo Miembro de Número, en la Real Academia Española.

Tras una intensa vida cultural, en mayo de 1975 cedió la Casona de Tudanca con todo su contenido a la Diputación Provincial de Santander. Murió en Valladolid el 24 de octubre de 1977, aunque sus restos mortales fueron trasladados en agosto de 1983 al cementerio de Tudanca.

Ahora conviene situarnos de nuevo en plena República. Miguel Hernández se traslada a Madrid en febrero de 1935 siguiendo la invitación de Pablo Neruda, que hacía poco

que había llegado a la capital como Cónsul de Chile. Podríamos decir que en la primavera de 1935, el poeta oriolano ya se veía plenamente integrado en la vida cultural de la capital. Había participado durante algunas semanas en las Misiones Pedagógicas y ahora se encontraba con la agradable oferta de un trabajo que no podía rechazar: José María de Cossío le ofrece el puesto de secretario particular para colaborar con él en la elaboración del último tomo de la enciclopedia *Los toros*, obra que dirige Ortega y Gasset y de la que Cossío es director literario.

Miguel se sintió por fin tocado por la fortuna. Había encontrado un empleo que le permitía subsistir y, además, le reportaba el prestigio social y cultural que estaba necesitando. Ganaba 250 pesetas al mes y realizaba un trabajo que no se apartaba excesivamente de sus labores creativas. Su misión consistía en recoger datos sobre toreros, toros, plazas y corridas para elaborar posteriormente la biografía de los diestros que habían hecho historia en el toreo. Desde mediados de marzo, se desplazaba diariamente al despacho que le habían habilitado en la editorial Espasa-Calpe, en la calle Ríos Rosas, 26. El poeta dedicaba gran parte de su tiempo a elaborar fichas y recabar informes siguiendo las indicaciones y las pistas que le proporciona Cossío. Para ello tenía que dirigirse frecuentemente a la Biblioteca Nacional, donde tomaba notas durante horas, o realizar trabajos de campo, visitando lugares diversos con el fin de conseguir información suplementaria. Según señala Guerrero Zamora, la fantasía de Hernández era muy propensa a inventar hechos y a ceñirse muy poco a un estilo objetivo y periodístico: «Miguel procuraba escribir con la forma más apersonal posible, pero Cossío, viendo la cara de pena que ponía, decidió dedicarle a las biografías de toreros, dándole carta blanca en algunas que, por lo pintorescas, venían como anillo al dedo para la imaginación colorista de Miguel». Gracias a ello, podemos distinguir en la espesura de esa enciclopedia monumental la prosa original de Miguel tras la vida y la crónica del torero Manuel García «Espartero», el matador Ulloa, más conocido como Tragabuches, y de Antonio Reverte.

17 cartas

En el mes de julio de ese año, 1935, Miguel está enfrascado en su nuevo trabajo y, desde el despacho de la editorial, escribe a su jefe, que se encuentra en Tudanca, la primera carta que se conserva de la serie de 17 que se han podido documentar:

CARTA N.° 1

ESPASA-CALPE, 5. A.

Madrid, 14 de julio de 1935
Sr. D. José María de Cossío
Torrelavega

Mi querido amigo Cossío: Aquí me tiene usted rodeado de cuernos por todas partes, menos por una: la de los días que mando a la puñeta el trabajo. Enormemente apenado por no poder ir a Orihuela donde me espera mi novia y mi familia, que tengo muchas ganas de ver. Hago con toda facilidad, salvo alguna que otra abreviatura o palabra que no entiendo en los manuscritos, la faena de la Biblioteca [...]. También le mando un soneto, que no sé si le gustará para su descripción del toro: lo he hecho con la mejor voluntad. Ahí va.
Le deseo un verano plácido y poco sudoroso, mientras mis axilas están manando

torrencialmente sobre la máquina. ¿No podría hacer usted porque fuera con cualquier misión taurina hacia mi provincia? Sálveme un poco de Madrid, que me derrite como un cirio pascual y no me deja hacer la obra que necesito hacer inmediatamente.
Le abraza fríamente, para no acalorarse más

Miguel

En esta carta escribe Miguel Hernández: «También le mando un soneto, que no sé si le gustará para su descripción del toro: lo he hecho con la mejor voluntad. Ahí va». Todos los estudios apuntan a que se trata del soneto «Silencio de metal triste y sonoro... pensamientos de muerte edificados». En la Casona de Tudanca se conservan dos originales mecanografiados por Miguel Hernández: *El silbo vulnerado* y *El rayo que no cesa*, y un ejemplar de *El hombre acecha*, fechado en Valencia en 1939. Queremos decir con esto que una obra tan significativa como *El rayo que no cesa*, fue, con mucha probabilidad, concebida y escrita en el tiempo en que Miguel estuvo trabajando en la editorial al servicio de Cossío. Existe, como hemos indicado, una obra anterior, también mecanografiada por el poeta en su lugar de trabajo que bajo el título de *El silbo vulnerado* contiene un buen número de poemas que se repiten, con variantes, en el segundo volumen: *El rayo que no cesa*. Este poema al que nos referimos es el último de *El silbo* y el único dedicado al toro en este ejemplar, proyecto antecesor o volumen preparatorio, por tanto, de *El rayo que no cesa*.

José María de Cossío, que conservó como pieza de oro ambas obras, las dio a la estampa en 1949 en la Colección Austral de Espasa-Calpe. Es interesante añadir la observación de que Miguel Hernández mecanografió todos y cada uno de los poemas de *El silbo* y de *El rayo* con la misma máquina que empleó para redactar, en las oficinas de Espasa-Calpe, otros trabajos taurinos para Cossío; hecho que nos lleva a pensar que fueron escritos entre junio de 1935 y finales de 1936.

La segunda carta que Hernández escribe a Cossío lleva fecha de 20 de julio de 1935.

CARTA N.° 2

ESPASA-CALPE, S. A.

Madrid, 20 de julio de 1935
Sr. D. José María de Cossío

Tudanca

Mi querido amigo: Hoy, sábado, le escribo desde aquí, desde esta casa de cajistas y libros grandes. [...]. Los trabajos de la Biblioteca van muy adelantados. Esta semana próxima acabaré seguramente de copiar en los manuscritos malditos de enrevesados algunos de ellos. Estoy haciendo desesperados esfuerzos por poder ir a Orihuela todo este mes de Agosto cercano para escribir el teatro animal que me está pidiendo realización a tirones y ver a mis gentes, y renovar este paisaje de Madrid, para hallarlo cuando usted vuelva a septiembre ameno de nuevo. [...]. Mándeme instrucciones, si cree que las necesito: ya le dije que salvo alguna que otra abrevación [sic] o palabra, copio con facilidad difícil folios y folios rectos y vueltos.

Que siga rodeado de buena temperatura en su montaña y que me escriba, si es necesario, pronto.

Le abraza

Miguel

Miguel andaba enzarzado en «manuscritos malditos» de los siglos XVI y XVII, pero, sobre todo, del s. XVIII. Transcribía entonces todos aquellos temas que configuraban la gran enciclopedia taurina: suertes de la lidia, ganaderías, plazas, toros, biografías de toreros, historia de la preceptiva taurina y relaciones de la fiesta con el mundo de la cultura. El material recopilado por Hernández en aquel tiempo, más allá de emplearse en la elaboración de la enciclopedia *Los toros*, fue aprovechados por el mismo Cossío para otras publicaciones taurinas como *Advertencias y Reglas para torear a caballo (siglos XVII y XVIII)*, publicada en Madrid en 1947.

Nos consta que Miguel Hernández realizó arduos esfuerzos en su tarea, en la transcripción de rarísimas ediciones. Así lo señala Rafael Gómez cuando nos recuerda que «Miguel Hernández llegó a tener algunos problemas de método y rigor en su empleo en Espasa-Calpe. No eran su temperamento y sus inquietudes predominantes fácilmente compatibles con la investigación y los procedimientos de la ordenación histórica. Nos consta que el talante liberal, rebosante en la ternura y comprensión, de José María de Cossío, amortiguaban las actitudes complicadas de Miguel Hernández». Esto explica y justifica las palabras que el poeta le confía a su novia: «Yo estoy harto de cuernos y toreros, pues no hago otra cosa que escribir historias de toreros célebres y de ganaderías».

La tercera misiva a Cossío es del 31 de de julio de 1935.

CARTA N.° 3

ESPASA-CALPE, 5. A.

Madrid, 31 de julio de 1935
Sr. D. José María de Cossío

Santander

Admirado amigo mío: El viernes pasado he recibido su carta, y hoy, último de mes, le contesto: acabo de recibir una carta de mi casa en la que me pide mi madre que vaya a verla, aunque sea sin un céntimo, y esta noche, aprovechando la baja de precio en la línea de ferrocarriles de mi provincia, salgo para Orihuela. [...]. Ayer he sudado tinta sobre la máquina, porque lo que copiaba estaba escrito casi todo en latín: no sé si lo que me ha resultado a mí es latín o es ensalada. En fin, ya lo verá usted y sabrá perdonar todas las erratas que tenga, comprendiendo que estoy tan distante de la lengua de misa como de la china.

Ahí va otro soneto taurino: el ambiente cornudo en que vivo, me hace cantar tauromáquicamente a todas horas.

[...] Le abraza cordialmente y le recuerda cada día,

Miguel

Hasta setiembre: adiós.

Tengo cobrada esta semana en que me marcho: haga usted por advertir discretamente a Espasa de mis vacaciones. Gracias, gracias.

Miguel se marchó a Orihuela y a Cartagena. Se fue sin solicitar a la empresa el permiso de vacaciones, amparándose únicamente en su confianza con Cossío. Entre ambos, jefe y empleado, había una diferencia de 18 años, dato este que conviene añadir al respeto

y la admiración que el poeta profesaba a su protector. Y aquí cabe recordar que era público el carácter tolerante y liberal de Cossío.

Miguel indica en su carta que se halla inmerso en transcripciones latinas. También dice que «el ambiente cornudo en que vivo, me hace cantar tauromáquicamente a todas horas»; hecho que el mismo Cossío llegó a confirmar diciendo: «Yo no puedo olvidar la inspiración taurina de algunos de aquellos admirables sonetos escritos a mi vista en el despacho donde yo trabajaba en la composición de *Los toros*. Estos textos fijan la cronología de los sonetos tauricos de *El rayo que no cesa*, al tiempo que determinan inequívocamente las fuentes ambientales de su inspiración». («Miguel en la memoria», *La Estafeta Literaria*, 366, 25 marzo 1967, p. 15).

Miguel escribe una nueva carta a Cossío el 2 septiembre de 1935 justificando en ella su retraso y su incorporación al trabajo:

CARTA N.° 4

ESPASA-CALPE, S. A.

Madrid, 2 de septiembre de 1935
Sr. D. José María de Cossío
Santander

Querido amigo Cossío: Hoy mismo me entero de su carta de no sé cuándo porque no está fechada. Estoy completamente consternado. ¿No recibió usted mi carta en la cual le anunciaba mi partida a Orihuela? [...]. He llegado de mi pueblo el sábado, con un tajo bastante grande en la frente, consecuencia del último baño en mi río oriolano: me dí con una piedra al tirarme al agua y ví un relámpago universal. Le escribo con un ojo tapiado de algodón, molestísimo y al mismo tiempo apesadumbrado por lo sucedido con su carta y la mía. Tan pronto me entero de lo que me pide, lo cumplo: acabo de telefonear a la Biblioteca Nacional [...]. Perdóneme por todo, amigo Cossío, y dígame inmediatamente cuándo estará de vuelta. Sé que ha trabajado mucho por ahí: no sé si leí en *Heraldo* que había dado una lectura en la Universidad de Verano de poesía.

Traigo de mi pueblo dos actos de una tragedia montés: *Los hijos de la piedra.*

Que no le haya desesperado mi tardanza en cumplir su deseo y que pronto lo abraza por estos andurriales. Hasta entonces, un abrazo grande de

Miguel

Miguel se encontró, al parecer, con una carta de Cossío al llegar a la oficina en Madrid, tras sus días en Cartagena y Orihuela, en la que éste debió de hacerle algún comentario sobre su tardía incorporación al trabajo. El poeta relata brevemente el accidente que sufrido al bañarse en su río Segura, hecho que junto a la ruptura de su relación con Josefina, bien pudo generar el poema «Mi sangre es un camino».

Cuatro días después, el 6 de septiembre de 1935, Miguel ya ha normalizado su vida en la capital, ha visto a Neruda y a otros amigos, y escribe de nuevo a Cossío:

CARTA N.° 5

[Tarjeta postal]

ESPASA-CALPE, 5. A.

Sr. D. José María de Cossío
Calle de Gravina
Biblioteca de M. y Pelayo
SANTANDER

Septiembre 6 de 1935

Amigo Cossío: He copiado ya el «Tratado de torear a pie», que me indicaba y las otras cosas, menos los estractos [*sic*] del Consejo de Castilla, que voy a copiar en estos días. [...] También he dado fin a las biografías señaladas por usted en el diccionario de Sánchez de Neira. Como puede ver, no he perdido ni un minuto de tiempo.

En espera de noticias suyas, y prontas, le recuerdo y le anuncio que va a salir una revista de poesía «Caballo verde», que dirigirá Pablo. Irá un poema mío en el primer número.

Le saluda

Miguel

Destacamos aquí la alusión que Miguel hace a la revista de poesía *Caballo Verde*, dirigida por Pablo Neruda y realizada por Manuel Altolaguirre y Concha Méndez. El hecho de que Hernández fuera invitado a participar en esta publicación, especialmente por tratarse de Neruda, tuvo que ser algo alentador y entrañable. En este primer número publican Vicente Aleixandre, Robert Desnos, Ricardo E. Molinari, Federico García Lorca, Miguel Hernández, Raúl González Tuñón, Arturo Serrano Plaja y Leopoldo Panero. En esta carta, como la que envía a Cossío ocho días después, se advierte que por esas fechas de septiembre de 1935 Miguel se hallaba en un auge de relaciones poéticas de suma importancia para su obra: Pablo Neruda y Vicente Aleixandre... Estaría leyendo con gran entusiasmo *La destrucción o el amor*, que le había solicitado por carta a su autor y ahora nuevo amigo. Francisco Martínez Marín data la «Oda» a Vicente Aleixandre en agosto y la «Oda» a Pablo Neruda en septiembre de 1935. Pudo escribir en este mes el poema «Vecino de la muerte», publicado en *Caballo Verde*, así como otras composiciones como «Sonreídme» y «Alba de hachas». Sigue en esta temporada ultimando los poemas de *El rayo que no cesa*, de los que siete se publicarían como adelanto en *Revista de Occidente*, núm. CL, diciembre 1935.

Durante aquellos días, finales del verano de 1935, y tras compartir una amena velada en casa de Pablo Neruda, a su regreso a la pensión, Miguel fue detenido en las cercanías de La Moncloa. «Como era bastante ingenuo y despreocupado —comenta Muñoz Hidalgo—, casi nunca llevaba en el bolsillo su cédula personal. Con el aspecto que mostraba pelado al rape, sin corbata, con su traje de pana y sus esparteñas en vez de zapatos, por eso de no importarle el atuendo, parecía más un revolucionario sospechoso, de los que abundaban en aquella época de inquietud y zozobra política, que un simple empleado de una editorial o poeta» (*Cómo fue Miguel Hernández*, Barcelona, Planeta, 1977). La cuestión es que en uno de aquellos paseos nocturnos, la Guardia Civil, que hacía su ronda habitual por esa zona de La Moncloa, dio el alto a Miguel y le pidió la documentación. De nada sirvieron sus explicaciones, sus desesperados intentos por hacerles comprender que era un simple escritor que trabajaba en Espasa-Calpe, que estaba dando un paseo y había olvidado su cédula de identidad. Su aspecto aldeano contribuyó en buena medida a que lo llevaran detenido hasta el cuartel de la Benemérita. Desde allí, al parecer, hicieron

una infructuosa llamada telefónica a la editorial de Ríos Rosas, 26, para comprobar la identidad del sospechoso, un tal Miguel Hernández Gilabert, natural de Orihuela, que dice estar empleado en esa casa. Pero el receptor de aquellas preguntas resultó ser un simple vigilante que no conocía a nadie con esas características. Si hubo maltratos y amenazas sólo lo supo Miguel y quienes lo tuvieron retenido toda la noche en aquel calabozo. A la mañana siguiente, gracias a la oportuna intervención de Cossío, salió de allí visiblemente indignado después de haber sufrido la segunda detención de su vida. El humillante recuerdo de aquellos días en Alcázar de San Juan, en 1932, encarcelado por razones semejantes a las que ahora le habían hecho pasar otra noche entre rejas, volvió sobre él como una sombra amarga y premonitoria.

CARTA N.º 6

[Tarjeta postal]

ESPASA-CALPE, S. A.

Sr. D. José María de Cossío
Calle de Gravina
Biblioteca de M. y Pelayo
SANTANDER

Devuélvase caso de no hallar destinatario

[Tarjeta sin fechar. Matasellos de la Estafeta prácticamente ilegible. Fecha probable: 14 de setiembre de 1935]

Amigo Cossío: Espero impaciente contestación a la tarjeta que le mandé hace más de una semana. He acabado aquellas cosas de la Biblioteca. Quiero saber lo más pronto posible de usted, pues estoy en la duda de si habrá salido de Santander y no habrá recibido mi correspondencia no correspondida. [...]. Tengo todas las copias hechas en un orden que le ha de asombrar. Me he desenvuelto con toda facilidad entre los manuscritos enrevesados de polvo, abreviaturas, faltas ortográficas y mala manera de ordenar las oraciones. Hasta que a usted le parezca le abraza cordialmente

su amigo

Miguel

Ya no hubo más correspondencia con Cossío hasta seis meses después. Miguel Hernández se encontraba en la provincia de Ciudad Real, recogiendo datos taurinos para *Los toros*.

CARTA N.º 7

[Tarjeta postal]

[Fecha de Cartería: 18 MAR. 36.]

A José María de Cossío
Ríos Rosas, 24

Madrid

Querido Cossío: Me acuerdo de usted. He pasado por el corazón de Sierra Morena y me he sentido un poco Tempranillo. En el pueblo en que me encuentro en estos momentos –Puertollano- hay dos o tres tabernas con nombres taurinos y una placita muy graciosa. [...] No tengo lugar fijo y no podré recibir noticias suyas. Le abraza afectuosamente su taurino y gran amigo. Miguel. Adiós.

Diez días más tarde, Hernández se encuentra todavía fuera de Madrid.

CARTA N.° 8

[Tarjeta postal]

[Fecha de Cartería: 28 MAR. 36.]

A José María de Cossío
Ríos Rosas, 24

Madrid

Querido Cossío: Perdóneme no le haya escrito dándole cuenta de que he recibido su dinero antes. Ya se imaginará lo distraído que he de estar estos días. [...]. He mandado a Llorente hoy mismo un poema nuevo para su extraordinario *Mediodía*.

Miguel volvió a la capital a finales de marzo y en el mes de abril viajó de nuevo a Orihuela con motivo del acto en memoria de Ramón Sijé. Durante el homenaje, en el que se colocó una placa y se inauguró una calle como recuerdo del amigo, Hernández leyó unas emotivas palabras que fueron recogidas por la prensa: «Su vida, dijo Miguel, ha sido precipitada, tormentosa y luminosa, como la del rayo, y como la del rayo, ha buscado precipitadamente la tierra».

Sabemos que en el mes de mayo, el poeta estaba en Madrid, ya que asistió, con Cossío y Neruda, al banquete en homenaje al pintor Hernando Viñes, el único acto público en el que se pudo ver al lado de Federico García Lorca. A partir de entonces y sabedor de la «alergia» que su presencia provocaba en el poeta granadino, nunca más coincidirían en otros banquetes y homenajes, como así podemos comprobar en distintas fotografías de grupo. Miguel no estuvo presente en el homenaje a Cernuda ni en otros banquetes celebrados en 1936 en los que se pudo ver a Lorca. Sin embargo, el poeta de Orihuela sí acudió, a mediados de junio, al banquete-homenaje que se le tributa a Vicente Aleixandre tras la publicación de *La destrucción o el amor*. El banquete tuvo lugar en el restaurante Biarritz, el popular salón de Cuatro Caminos, y el ofrecimiento corrió a cargo de Gerardo Diego. Entre los comensales podía verse a Pedro Salinas, José Bergamín, Fernández Almagro, Enrique Díez Canedo, Pablo Neruda, María Zambrano, Luis Rosales, Leopoldo y Juan Panero, Vivanco, Delia del Carril, Arturo Serrano Plaja y Miguel Hernández. Federico García Lorca, que se encontraba esos días en Sevilla ocupado en su *Rosita la soltera*, envió un telegrama de adhesión. Pero lo importante es que el poeta de Orihuela estaba ahí, entre ellos, como uno más, y que el hecho de saberse desengañado de ciertas figuras de aquella generación le llevó a valorar con más vehemencia las amistades que consideró verdaderas. En ese sentido, Cossío nunca le falló.

CARTA N.° 9

[Tarjeta postal]

[Matasellos: Orihuela-Alicante-¿10-11 de agosto? 1936]
A D. José M. de Cossío Ríos Rosas, 24
(Espasa-Calpe)

Madrid

Querido Cossío: Aquí estoy, a pesar de todo. Me alegrará saber que usted se halla ahí también a pesar de todos los pesares. Un amigo mío, poeta de *Silbo*, Jesús Poveda, quiere marchar a Madrid a fin de mes conmigo. Tiene intención de quedarse si se coloca. Yo le pido con todo interés le haga un lado si puede en nuestro despacho suyo. Es un mecanógrafo magnífico. Mucho mejor que yo, se lo juro. [...]. Mi obra anda a punto de terminar. En Orihuela no sucede nada... ¿Hasta cuando se prolongará esta sangrienta situación? Le abraza como siempre, Miguel

Miguel dejó Madrid a finales de julio de 1936. Durante todo el mes de agosto y hasta el viernes 18 de septiembre, permaneció en Orihuela. Cuando escribió la carta anterior, con la guerra ya iniciada, aún no se había producido el asesinato del padre de Josefina, ocurrido el día 13 de agosto de 1936. José María de Cossío permanecerá en la capital de España durante toda la contienda.

En esta tarjeta se hace una referencia a Jesús Poveda, amigo de Miguel en Orihuela. Queda claro que el poeta tiene previsto incorporarse, a final de mes, a Espasa-Calpe. Aún no manifiesta intención alguna de marchar al frente ni de afiliarse a las milicias. Tampoco expresa ese deseo en su siguiente tarjeta de 25 de agosto, escrita en Orihuela, en la que sigue con su propósito de continuar al lado de Cossío, de quien trata de recabar opinión sobre la situación. A Miguel le preocupa «esta sangrienta situación» que atraviesa España y parece ignorar las dimensiones que va tomando la guerra. Pese a ello, aún tiene ánimo para hablar de la obra que esos días le mantiene ocupado: *El labrador de más aire*.

CARTA N.° 10

Querido Cossío: Esta es para desearle mucha salud y pedirle un nuevo favor: sabrá que hace unos días ha sido asesinado en Elda, el pueblo en que se hallaba en su ejercicio de guardia civil, el padre de mi novia. Al parecer, ha ocurrido la enorme desgracia por equivocación. Quedan seis de familia, cinco hijos y la viuda, y como los cinco son menores de edad y solo trabaja mi novia con la aguja para ganar unos reales de cuando en cuando, la situación será dentro de poco de las más desesperadas. Yo quiero hacer cuanto pueda para que le quede a esta pobre familia mía la paga del padre muerto y he redactado un pliego que presentaré al ministro de la Gobernación lo antes posible, firmado, si es posible por nuestros amigos escritores de ahí que puedan tener más valor para este caso. Si a usted le fuera posible pedir a Espasa-Calpe la mitad de la cantidad que cobro cada mes para poder permanecer, en estos momentos sangrientos por todos y para todos, aquí [...]. He mandado al Ayuntamiento de Madrid mi obra teatral. Presumo que se aplazará el concurso, dadas las presentes circunstancias. Si no se aplaza ¿podré saber por usted quiénes componen el Jurado?

De no lograr que Calpe, por medio de usted, me mande el dinero que necesito para continuar algún tiempo más aquí, el cuatro de septiembre saldré para Madrid.

Esperando una feliz y pronta contestación, le abraza grandemente

Miguel

En Orihuela a 25 de agosto 1936

Dirección: Arriba, 73, Orihuela (Alicante).

Este documento es, sin lugar a dudas, uno de los más valiosos. En él, Hernández solicita a Cossío su mediación para que la editorial le adelante la mitad de su salario y aclara algo más sus proyectos en medio de la tensión que se vive en el país. El poeta mantiene el propósito de continuar trabajando en Espasa-Calpe; ha acabado su obra teatral y la ha presentado al Concurso literario del premio Lope de Vega que convoca el Ayuntamiento de Madrid. Lo que parece claro es que las gestiones económicas realizadas por Cossío tuvieron su efecto, se alivió la situación del poeta y ello le permitió viajar a Madrid semanas después: el 18 de septiembre. Así se confirma en la carta siguiente.

CARTA N.° 11

[Hacia el 3 septiembre de 1936]

Querido Cossío: Ayer he recibido su carta y las cien pesetas. Permaneceré quince días más junto a mi familia. La situación de la casa de mi novia se agrava por momentos, y tengo muy pocas esperanzas de conseguir nada para que el sueldo del padre de mi novia no se vuelva aire. Quiero hablar con todos nuestros amigos para que la desgracia no sea más grande. [...]. Procure conmigo remediar algo tanta pena. Gracias, gracias por todo. Dé recuerdos grandes míos a Eduardo y que me perdone mi anterior descuido.

Le abraza con emoción

Miguel

Apreciamos en el tono que emplea Miguel Hernández una cercanía y una amistad profundas. No ponemos en duda que las circunstancias pudieron generar divergencias entre ambos, esencialmente a partir de la radicalización ideológica del poeta, por su temperamento en momentos de sufrimiento y tortura durante los años de cárcel, pero ello no debe empañar, como así veremos, el caudal afectivo que los unió en aquellos años y la lealtad, hasta el final, que sostuvo Cossío hacia él.

CARTA N.° 12

[Tarjeta postal]

[Matasellos: Orihuela—Alicante—
12. SET. 36]
A D. José M. de Cossío
Ríos Rosas, 42
(Espasa-Calpe)
Madrid

> Querido Cossío: Dígame si he de marchar, si puedo marchar a Madrid este viernes próximo. Supongo sigue usted ahí. Mi familia desea que me quede en Orihuela por ahora. No sé qué hacer. Espero carta suya. ¿Cómo van las cosas suyas y la Enciclopedia? Escríbame lo antes posible para saber a qué atenerme. ¿Es cierto, cierto lo de Federico García Lorca? [...].

Por el contenido de esta tarjeta podemos deducir que Miguel se acogía con verdadero interés a los consejos de Cossío. Muestra su consternación y sus dudas acerca de la guerra. Es un hombre indeciso que trata de ser coherente con sus convicciones ideológicas y, al mismo tiempo, contentar a su familia y a su novia permaneciendo en Orihuela. Por su comentario se aprecia que, en estas fechas, ya circulaban los rumores sobre el asesinato de Federico García Lorca, que se confirmaría tiempo después.

En la Casona de Tudanca no hay más correspondencia de Hernández hasta marzo de 1939. Sabemos que el 18 de septiembre de 1936 viajó a Madrid y cabe pensar que se incorporó a su trabajo en la editorial el lunes 21. Nueve días más tarde, el martes 30, ya se encontraba en el frente. Desde su destino en el 5.° Regimiento de Zapadores Minadores, 2.ª Compañía, 3.ª Sección, Cubas (Madrid), escribe a Josefina y le habla de su labor cavando trincheras.

«Para José María de Cossío, el amigo de siempre, en prueba de afecto. Como recuerdo, además, de los tiempos de biografía, toros y toreros, poesía y paz polvorienta. Salud, Cossío, y adiós también. Un gran abrazo. Miguel». Esta dedicatoria de *Viento del pueblo*, autografiada justamente un año más tarde de la edición del libro, viene a demostrar que ambos amigos no perdieron contacto durante la guerra, incluso se pueda dar fe de la constancia en el afecto y de la vinculación entre Miguel y José María de Cossío en septiembre de 1938, seis meses antes de finalizar la contienda.

A finales de febrero de 1939, Miguel fue testigo de la desbandada y del caos que imperaba a su alrededor. Más que defender ya lo indefendible, lo que ocupaba el pensamiento de cualquier intelectual o soldado era asegurar la propia vida y buscar soluciones tan inmediatas como el exilio o el asilo político en alguna embajada. El consejo que recaba esos días de Vicente Aleixandre y de Cossío es que abandone España cuanto antes, ya que su nombre, por la relevancia que había adquirido durante la contienda, sería de los primeros en aparecer en la lista de represaliados. Por mediación de Antonio Aparicio y de Juvencio Valle, se anima a visitar a un viejo conocido, Carlos Morla Lynch, encargado de negocios en la Embajada de Chile en Madrid. Aparicio ya se había adelantado a solicitar asilo diplomático en esta sede de la calle del Prado, así como Antonio Hermosilla, director de *El Liberal*, Antonio de Lezama, redactor del mismo diario, o el escritor Pablo de la Fuente. El problema que se planteaba entonces, y del que Miguel fue consciente desde el primer momento, era la falta de garantías que podía ofrecer en aquellos momentos la embajada chilena.

Miguel pasa sus últimos días en Madrid en compañía del escultor Víctor González Gil, en una imprenta casi en ruinas situada en la calle Garcilaso, 10. Acudir a la sede de la Alianza, tras la sublevación de Casado, equivalía a entrar en una insalvable ratonera. Carlos Morla, que habría tenido noticias de Neruda por aquellas fechas, trata de dar con el poeta oriolano para que acepte su ofrecimiento de asilarse en su embajada, pero Hernández le contesta a través de Juvencio Valle que «no se albergará en ningún sitio». El día 9 de marzo, una vez tomada la decisión de regresar a Cox, con su familia, se reúne con Cossío y este le acompaña hasta la salida de Madrid. Cerca ya de la carretera de

Valencia fueron abordados por un grupo de milicianos que les condujeron hasta el Hotel Lineal para proceder a su identificación. Miguel, que guardaba todavía su salvoconducto del Comisariado General de Guerra, pudo salvar la situación y responder de su jefe en Espasa-Calpe, que se hallaba pálido y desencajado. Cuando poco tiempo después, Morla hacía su último intento de convencer a Hernández a través de Antonio Aparicio para que se beneficiara del asilo diplomático, el poeta se hallaba cerca de Orihuela después de cinco días de viaje a pie, en carro a veces. Apenas tendría ánimo para pensar en su libro *El hombre acecha*, que se había acabado de imprimir esos días en la imprenta Tipográfica Moderna de la calle Avellanas 9, de Valencia. Allí permanecían los pliegos impresos y preparados para su cosido y su encuadernación desde febrero de 1939. Y allí se quedarían junto con otros papeles y materiales abandonados a su suerte hasta su incautación y posterior destrucción; toda una tragedia bibliográfica que hubiera resultado irreparable de no haberse salvado dos únicas copias: una que quedó en posesión del erudito y académico Antonio Rodríguez-Moñino y, otra, que formó parte de la colección particular de José María de Cossío.

El 14 de marzo Miguel se encuentra en la localidad alicantina de Cox, desde donde escribe a Cossío tras haber comentado con su esposa lo que pudiera resultar más conveniente en aquellas circunstancias. Al parecer, el director de la enciclopedia *Los toros* le había prometido hablar con alguien influyente para solucionar la salida del poeta y de su familia:

CARTA N.° 13

14 de marzo 1939

Querido Cossío: De paso junto a mi mujer, le escribo para decirle que haga el favor de decir a Juvencio que mande a Cox los comestibles que tiene en su poder. Sería mejor que los trajera él mismo cuando viniera a Valencia o Alicante, pasándose por aquí y dejándoselos a mi mujer. [...] No deje de hacer la gestión, cuanto antes si puede. He recordado mucho nuestra última conversación. Recuerdos y abrazos para todos los amigos y para usted el de siempre Manuel

[Al dorso, escrito de mano de José María de Cossío: Miguel Hernández]

La carta iba firmada con el nombre de Manuel, sin duda para que no fuera interceptada por nadie. Hernández debía sentirse en aquellos momentos doblemente acosado; por un lado estaba la amenaza de las tropas franquistas y, por otro, su condición de comunista lo convertía en blanco de los hombres de Casado.

CARTA N.° 14

Orihuela, 19 de abril de 1939

Querido Cossío: Estamos todos bien por ahora. Yo salgo para Sevilla seguramente y pronto. Allí espero ver a Guillén y otros amigos y espero hallar una buena acogida entre ellos. Mi mujer y nuestro hijo quedan en Cox por ahora, y si usted puede atenderles económicamente, le agradeceré siempre que lo haga cuanto antes. [...]. Llegué bien a esta provincia, después de un viaje facilísimo de comida e incidentes. Pensé muchas veces en el que nos ocurrió el día que nos despedimos en Madrid, y a veces

me he reido mucho. Aquellas colas y aquella espera son inolvidables, y, más, aquellas explicaciones que hubimos de dar a nuestros amigos.

Deseo verle pronto. Y si va por Sevilla, allí nos encontraremos.

No deje para mucho tiempo de la mano lo que pueda hacer en beneficio de Josefina, que es de bastante cuidado su situación.

Un buen abrazo

Manuel

¡Adiós! Y recuerdos y abrazos a Vicente.

Como es sabido, pocos días después, Miguel emprende una penosa y larga huida hacia Sevilla. Al no encontrar amparo, llega a Huelva y pasa la frontera con Portugal pero es detenido y entregado por la policía salazarista a la española por el puesto de Rosal de la Frontera. El 7 de mayo está preso en Huelva, más tarde en Sevilla, hallándose desde el 18 de mayo de 1939 en la cárcel de Torrijos de Madrid. Desde allí, escribe a su benefactor:

CARTA N.º 15

[Tarjeta postal. Fecha probable: 20 de mayo de 1939]

Miguel Hernández
Torrijos, 65 A
4.ª Galería, 1,ª Sala
Madrid

¡Arriba España y viva Franco!
José M..ª de Cossío
Espasa-Calpe, S. A.
Ríos Rosas, 24 Madrid

Querido primo José María: Es preciso que hagas por verme en Torrijos, 65, donde me retienen desde hace varios días. Nuestra familia de Orihuela no sabe donde me encuentro aún y te pido veas a Morla, a tu hermano, a quien sea, para verme junto a Josefina, que me necesita más cada día, pronto. Fuerza un poco tu tranquilidad por mí, o es seguro que no saldré de aquí hasta que no se aclare mi actitud honrada, y esto puede ser cuestión de mucho tiempo. Tú puedes ayudarme a salir rápidamente y no debes dejar de hacerlo. No llevaba la documentación necesaria y me detuvieron en Portugal y me condujeron aquí. José María, por nuestra amistad, nuestra familia y nuestra poesía, insisto en pedirte este gran favor. Un abrazo

Miguel Hernández

La tarjeta, que Miguel Hernández escribe a José María de Cossío desde la prisión de Torrijos al poco de su llegada, habla por sí misma. En ella se dirige a Cossío como si fuera un familiar y en términos conmovedores y trágicos. Al parecer, ni siquiera la familia del poeta conocía por entonces su paradero. Podemos dar por hecho que Miguel recurre a Cossío antes que a los suyos y que la misiva citada lleva fecha anterior a la que remite a su esposa el 28 de mayo.

Cossío, que se encontraba con su familia en Valladolid, no dudó en auxiliar a Hernández. Visitó y atendió en Torrijos a Miguel empleando todo lo que tenía a su alcance: dinero, alimentos, movilizando a amigos comunes para que le visitan en la cárcel y, sobre todo, ocupándose personalmente de su pronta liberación. Podemos decir que las actuacio-

nes de Cossío en favor de Hernández, durante su encarcelamiento en la prisión madrileña, son indiscutibles.

Un mes más tarde de la carta enviada a Cossío, el 26 de junio de 1939, haría lo mismo con Pablo Neruda, cuyas últimas noticias lo situaban de nuevo en París tras ser nombrado cónsul para la emigración española. Su misión en la capital francesa era precisamente la de gestionar la salida de algunos refugiados españoles hacia tierras chilenas, labor que cumplió con éxito a finales de ese año con un numeroso grupo de exiliados que zarpó a bordo del Winnipeg. La misiva de Miguel era así de clara:

> Querido Pablo [...]. Es de absoluta necesidad que hagas todo cuanto esté en tu mano por conseguir mi salida de España y el arribo a tu tierra en el más breve espacio de tiempo posible. El señor Fajardo, y nuestro amigo José María de Cossío, te pueden escribir con detalle sobre lo que me sucede, aunque ya te imaginarás bastante. Pon en movimiento todo tu interés por mí que me hace falta enormemente y rápidamente [...]. Sabré de ti por la embajada, desde donde harán el favor de venir a comunicarme cuanto resuelvas. Me acuerdo como nunca de vosotros, te necesito como nunca. Da un abrazo a Delia, y tú recibe otro.

Neruda recibió la llamada de socorro de Miguel. En aquellos días compartía su apartamento parisino con una conocida pareja de escritores españoles: Rafael Alberti y María Teresa León. Vivían en «un barrio quieto y maravilloso de París –escribe el chileno–. Frente a nosotros veía el Pont Neuf, la estatua de Henri IV y los pescadores que colgaban de todas las orillas del Sena». Según sus repetidos testimonios, la reacción que tuvo al enterarse del encarcelamiento del poeta oriolano fue inmediata: «Yo estaba otra vez en mi puesto en París, organizando la primera expedición de españoles a Chile. Me alcanzó a llegar su grito de angustia. En una comida del Pen Club de Francia tuve la dicha de encontrarme con la escritora María Anna Comnene. Ella escuchó la historia desgarradora de Miguel Hernández que llevaba como un nudo en el corazón. Hicimos un plan y pensamos apelar al viejo cardenal francés, monseñor Baudrillart. El cardenal Baudrillart tenía ya más de 80 años y estaba enteramente ciego. Pero le hicimos leer fragmentos de la época católica del poeta que iba a ser fusilado. Esa lectura tuvo efectos impresionantes sobre el viejo cardenal, que escribió a Franco unas cuantas conmovedoras líneas. Se produjo el milagro y Miguel Hernández fue puesto en libertad» («Viaje al corazón de Quevedo», texto incluido en *Viajes*, Santiago de Chile, Nascimento, 1955).

Lamentamos disentir de una afirmación tan optimista, como también de la versión que del mismo hecho nos presenta la esposa de Alberti, quien también ha querido atribuirse, como mérito propio, la hazaña de haber protagonizado la puesta en libertad de Hernández: «Vivíamos con Neruda en el Quai de l'Horloge y no sé por qué me confiaron los poetas [Alberti y Neruda] la tarea de contar, entre otras desventuras, la desventura de un poeta encarcelado. Así regresé otra vez a Miguel Hernández. Esa nueva víctima no podían consentirla los intelectuales franceses, tenían que salvarla y así lo hicieron. Anne Marie Commène asentía con su cabeza a mis palabras. Sí, sí, debemos salvar a Miguel Hernández. Cuando terminé de hablar, todo estaba decidido. El intermediario del Pen Club para esta petición sería Monseñor Braudillart y lo liberaron». (*Memoria de la melancolía*, p. 336).

La liberación a la que alude María Teresa León aún tardaría unos meses en llegar, pero por las pruebas que más adelante aportaremos, queda claro que la petición del carde-

nal francés, si llegó a oídos de Franco, no surtió efecto alguno ni evitó un largo e implacable proceso contra el poeta.

Pero Miguel no iba a ser juzgado en aquellos meses. Su estancia en la prisión celular de Torrijos fue menos tortuosa de lo que pudiera pensarse si se acepta comparar ese periodo de reclusión con los que sufriría posteriormente.

Lo cierto es que en el proceso civil abierto contra Miguel, hubo una recogida de testimonios y avales por parte de los agentes encargados del caso. El Agente informante preguntó en la casa Calpe por la conducta de este individuo y el escritor Don José María de Cossío le manifestó que durante el tiempo que estuvo a su servicio observó una conducta moral intachable y que le creía una persona de orden e inofensiva y que jamás le oyó hablar de política ni de cuestiones sociales.

A la vista del citado informe, y con fecha 8 de septiembre de 1939, el gobernador civil de Madrid ordenó, mediante oficio n.º 9939, Sec. 1.ª, la libertad del detenido, que fue comunicada al director de la prisión de Torrijos el 11 de ese mismo mes.

Miguel salió de prisión el 15 de septiembre dentro de lo que puede calificarse como falsa libertad. Se encontró a su salida con Cossío, quien le vuelve a aconsejar su inmediata salida del país, ofreciéndole en última instancia su casona de Tudanca, en Santander, para que se refugie allí con su familia. No obstante, el poeta vuelve a visitar la Embajada de Chile. Allí se encuentran refugiados desde marzo, entre otros, Santiago Ontañón y Antonio Aparicio, en espera del salvoconducto oficial que les permita salir de España. Ya no está en la sede diplomática Carlos Morla, pero Aparicio le presenta a Germán Vergara Donoso, el nuevo encargado de negocios, que se muestra cordial ante Miguel, del que ha tenido puntuales noticias a través de Morla Lynch y Pablo Neruda. Según algunas fuentes, Vergara ofreció asilo al poeta oriolano sabiendo que la expatriación no tardaría mucho en producirse. Por su parte, el propio Ontañón afirma que fue Antonio Aparicio quien expuso la idea de incluir a Miguel Hernández en la lista de refugiados, pero que Germán Vergara se negó a ello, argumentando que «era absolutamente imposible agregar a nadie a la lista de asilados, porque estaba, desde hacía meses, comunicada al Ministerio de Asuntos Exteriores». No creemos en esta segunda versión por las razones que iremos exponiendo, pero sea como fuere, lo cierto es que Miguel volvió a guiarse por el factor emocional y familiar y, tras despedirse de sus amigos, desatendiendo cualquier consejo, se dirigió a Cox en busca de Josefina y del niño.

Por una parte, puede que fuera consciente, como le había advertido el propio José María de Cossío, de que el proceso contra él seguía en marcha. La vida le había concedido una segunda (y última) oportunidad que debía aprovechar sin demora. Pero, por otro lado, su exceso de confianza —«el más inocente y confiado de los muchachos», como lo habría de calificar Carmen Conde— y el contacto con los suyos en un pueblo apartado como Cox, donde se respiraba una calma artificial y engañosa, le hicieron relajarse en exceso a los pocos días de su llegada a tierras alicantinas.

A su pueblo regresa el 18 de septiembre y el 19 escribe a Cossío para comunicarle sus nuevos planes:

CARTA N.º 16

Orihuela, 19 de septiembre de 1939

Querido Cossío: Desde ayer en Cox, no me queda otro remedio que recurrir inmediatamente a nuestra vieja amistad y a sus no muy viejas proposiciones de resolución de la situación mía. Libre de aquella carga que pesaba sobre mí en Madrid, ahora me encuentro atado a la vida de mi libertad frente a mi indefensa familia. Como no me encuentro bien de salud, ya que mi cabeza se resiste a mejorar, no me será posible dedicarme a un trabajo como el que hacía en Espasa-Calpe a su lado. Pienso en su tierra de Tudanca, y estoy dispuesto a trabajar en ella, a pastorear sus vacas, a lo que sea un trab[a]jo manual, con tal de sacar mi familia, numerosa y necesitada, adelante. Si puede enviarme algún anticipo, o como quiera llamarle, por mi futuro trab[a]jo en su tierra, hágalo sin demora, porque el hambre apremia, y me he encontrado a mi familia bastante agotada de salud y de recursos. [...]. Escribo en casa de Sijé, sobre la máquina con que copió nuestro querido muerto su ensayo sobre el romanticismo. Sus padres y su hermano quisieran, como yo, ver publicado ese gran estudio de nuestros poetas clásicos y románticos en estos días en que hace tanta falta encaminar hacia la letra más noble de la poesía a nuestra juventud. [...]. Espero su contestación contando los días. Hasta siempre, el fuerte abrazo de siempre de su compañero de trab[a] jo y de corazón.

Miguel

En este documento advertimos que para Miguel Hernández, a pesar de la guerra y de la patente actitud antiburguesa del poeta, Cossío se mantiene en el lugar del amigo y del confidente. En él sigue depositando sus esperanzas pese a las «no muy viejas proposiciones de la situación mía» que Hernández no ha olvidado, es decir, los consejos y las propuestas que Cossío debió de hacerle durante los últimos días de la guerra y durante su estancia en Torrijos. Vemos que Hernández mantiene el deseo de trabajar y mantener a los suyos. Más que el temor de una nueva detención, lo que le impele a marchar a Tudanca es el miedo al hambre, y, ante ello, no pierde de vista que Cossío sigue siendo su protector.

Miguel habla de Sijé, confiesa de nuevo sus afectos por el malogrado amigo y por su familia, y confía a Cossío el futuro de la obra que Ramón dejó escrita sobre el romanticismo. En Tudanca, gracias a que Cossío lo conservó, se encuentra el ensayo original de Sijé, *La decadencia de la flauta y el reinado de los fantasmas. Ensayo sobre el romanticismo histórico en España*, que aquel presentó al Premio Nacional de Literatura, obra que el Instituto de Estudios Alicantinos publicó en 1973.

Como es bien sabido, la fatalidad y la lógica del momento hicieron que Miguel fuera detenido ocho días después de escribir esta carta. El 28 de septiembre, a la salida de casa de los padres de Sijé, es detenido, esposado y llevado a la cárcel-seminario de San Miguel, donde ingresa el día 29. Precisamente ese mismo día, festividad de San Miguel Arcángel, el poeta Adriano del Valle enviaba una tarjeta postal a Cossío en la que decía:

Admirado José M.ª: Hoy, día del Arcángel San Miguel, me llega la noticia de la liberación de Miguel Hernández. ¡Alabado sea Dios, que lo rescató para el arpa del Rey David!
Abrazos y admiraciones

Adriano del Valle

T/c calle Alejo Fernández, 4.

Sevilla.

La última carta del poeta a Cossío que se conserva en los archivos de la Casona de Tudanca no tiene fecha, pero fue escrita desde uno de los nuevos destinos carcelarios de Miguel. En ella, lejos ya de ocuparse de su propia situación, recaba los favores del amigo para un tercero que acaba de ser liberado:

CARTA N.° 17

[Fecha sin identificar]

Sr. D. José M.ª Cossio

Querido amigo Cossío: Dada la situación que se le ha creado al muchacho portador de ésta, José Echániz, al ser puesto en libertad, he creído conveniente remitírsele para que Vd., por sus relaciones con Calpe, vea la forma de encajarle en los talleres de esta Casa.

Este ruego se lo hago advirtiéndole que Echániz es un antiguo colaborador de Manolo en los trabajos de su imprenta, y posiblemente recordará de sus frecuentes visitas a la calle de Urbano. Además de que sé lo que significa para Vd. el recuerdo de Manolo para decirle a interesarse por una persona afecta a su amistad, sepa que las necesidades de este amigo son apremiantes en extremo.

Reciba el cordial saludo de siempre mío y las gracias por la atención que preste a este ruego.

Miguel Hernández

José Echániz era impresor y trabajó en los talleres madrileños de la imprenta de Concha Méndez y Manuel Altolaguirre. No hay constancia de que fuera empleado en Espasa-Calpe ni que Cossío pudiera hacer nada por el recomendado.

Los amigos verdaderos

Cabe pensar que hubo más cartas a Cossío que han desaparecido. El 5 de diciembre, hallándose en la prisión de Conde de Toreno en Madrid, escribió a Josefina para comentarle su situación: «Tengo que hacer de mi Manolillo el hombre más decidido del mundo y el más alegre y el mejor. Ve acostumbrándole a olvidar tus brazos y a vivir independientemente, y verás como te da mejores noches y mejores días [...]. He escrito a Cossío y un día de esta misma semana vendrá a verme. Él me dirá la impresión que tiene de mi proceso y hará porque se resuelva rápidamente...»

El 18 de enero de 1940 es requerido por el Consejo de Guerra Permanente número 5 para que comparezca ante un Tribunal presidido por don Pablo Alfaro Alfaro y formado por los vocales don Francisco Pérez Muñoz, don Ignacio Díaz Aguilar, don Miguel Caballer y Celís y don Vidal Morales, que actuaría de ponente. En aquel acto y aquel Consejo se juzgaron esa mañana a veintinueve reclusos sin ninguna garantía jurisdiccional. Miguel Hernández es uno de los diecisiete encausados que recibe la sentencia de máxima pena o pena en su máxima extensión; así consta en el documento condenatorio que con fecha de 18 de enero de 1940 concluye en los siguientes términos:

CONSIDERANDO que el responsable criminalmente de un delito lo es también civilmente. VISTOS los artículos citados y demás de general aplicación. FALLAMOS

que debemos condenar y condenamos al procesado MIGUEL HERNÁNDEZ GILABERT, como autor de un delito de ADHESIÓN a la rebelión militar a la pena de MUERTE, accesorias legales para caso de indulto, y en cuanto a responsabilidad civil se estará a la Ley de 9 de Febrero de 1939. Así por esta nuestra sentencia lo pronunciamos y firmamos.

El 30 de enero, la Auditoría de Guerra del Ejército de Ocupación, una vez enterada de la resolución judicial, resolvía confirmarla, dejando «en suspenso la ejecución del condenado hasta tanto se reciba el enterado de S.E. el Jefe del Estado».

Casi todos los juzgados aquel 18 de enero y sentenciados a la pena capital fueron fusilados en un margen de cinco meses. La suerte de Miguel hubiera sido probablemente la misma de no mediar en tales circunstancias un único amigo verdadero que, como hubo de suceder en su liberación del 15 de septiembre, sólo podía ser José María de Cossío. Mucho se ha especulado sobre este hecho y muchos son los nombres que se fueron apuntando a la nómina de salvadores del poeta. Santiago Ontañón, en su libro *Unos pocos amigos verdaderos*, hace referencia a Germán Vergara Donoso, el jefe de negocios de la Embajada de Chile, que recibió al parecer un papel de fumar enviado por Miguel desde la cárcel donde le decía, de manera escueta: «Me han condenado a muerte. Haced lo que podáis». Valiosa pudo ser asimismo la ayuda que Vicente Aleixandre pidió a su propio padre, coronel de Ingenieros ya retirado, para que intercediera por su querido amigo. Pero lejos de nuevas e inútiles conjeturas, lo cierto es que Cossío fue quien realmente se movilizó con todo lo que su influencia y su capacidad imaginativa pudieran rendir para solucionar sin demora la trágica situación de Miguel. El director de la enciclopedia *Los toros* recurrió en primera instancia a sus amigos de la tertulia madrileña del café Lion d'Or. Entre ellos estaba el doctor Eusebio Oliver Pascual, viejo conocido de Miguel, ya que en su domicilio asistió el 12 de julio de 1936 a la lectura que Lorca hizo de su *Bernarda Alba*. Oliver había sido, durante la contienda civil, el médico de cabecera del general Varela, ministro ahora del Ejército. Por esa vía y, sobre todo, por la emprendida a través del escritor falangista Rafael Sánchez Mazas, ministro vicepresidente de la Junta Política, fue por donde Cossío lograría llegar hasta el citado general José Enrique Varela. Acompañado de Sánchez Mazas y de José María Alfaro, uno de los autores del famoso himno *Cara al sol*, se personaron aquellos días en casa del ministro del Ejército. La conversación se centró esencialmente en las nocivas repercusiones que podría alcanzar la ejecución de un poeta de la significación de Hernández, repitiéndose así un caso semejante al de Federico García Lorca. Pero lo que, al parecer, conmovió al general, como relata Guerrero Zamora, fue el hecho de saber que el poeta de Orihuela «se había desposado con una mujer cuyo padre perteneció a la Guardia Civil y fue asesinado en zona roja».

Las gestiones tuvieron su efecto y el ministro del Ejército se entrevistó con Franco antes de que éste rubricara la sentencia contra Hernández. Como se ha señalado en diversos estudios, todas las condenas a la pena capital debían llevar el visado y la aprobación del Caudillo. El hecho es que el general Varela, acompañado al parecer de Sánchez Mazas, obtuvo de aquella entrevista con Franco un provechoso resultado. El Caudillo escuchó las argumentaciones de su ministro, pronunció una frase parecida a «otro García Lorca no» y determinó, días después, conmutar la pena del procesado. Según testimonio de Chicho Sánchez Ferlosio, hijo del también ministro falangista, cuando Varela y su padre irrumpieron en el despacho del Generalísimo «Franco ya estaba preparado, porque había oído rumores de que ejecutar a Miguel, después de lo de Lorca, podría ser una publicidad muy negativa para el régimen. Así que cuando mi padre le interpeló diciendo:

"Mi general, quiero pedirle gracia para un poeta", él, que sabía ya de quién le hablaba, intentó taparle la boca respondiendo: "Si fuera un gran poeta..." Pero mi padre, que era un reconocido intelectual, dijo: "Es un gran poeta"; y supo que a Franco le daría vergüenza contestarle» (Testimonio recogido por J. C. en su artículo «Indulto provisional», publicado en *Ya*, sábado 28 de marzo de 1992, p. 29).

El 24 de junio de 1940, el propio general Varela se adelantaba por medio de una carta remitida a Sánchez Mazas al informe que, un día después, desde el departamento de Asesoría y Justicia del Ministerio del Ejército, expresaba en oficio número 6.745 que la sentencia contra Hernández había sido conmutada por la inferior en un grado:

> Excmo. Sr. D. Rafael Sánchez Mazas. —Vice-Secretario de F.E.T. de las JONS. Madrid—. Mi querido amigo y compañero: Tengo el gusto de participarle que la pena capital que pesaba sobre DON MIGUEL HERNÁNDEZ GILBERT (sic), por quien se interesaba, ha sido conmutada por la inmediata inferior, esperando que este acto de generosidad del Caudillo, obligará al agraciado a seguir una conducta que sea rectificación del pasado. Le saluda afectuosamente su atento s.s. y amigo, firmado: J. E. Varela.

El secretario de Sánchez Mazas transmitía la buena nueva a José María de Cossío tres días más tarde, el 27 de junio, por medio de una nota en la que expresaba: «Mi querido amigo: Te adjunto copia de la carta que acabo de recibir del General Varela, comunicando la conmutación de la pena de tu recomendado. Te envía un abrazo afectuoso, tu buen amigo, [firmado] Carlos Sentís.»

A partir de ese momento, como es bien sabido, Miguel pasó por cinco prisiones: la cárcel de Palencia el 22 septiembre de 1940, la de Yeserías de Madrid el 24 de noviembre de ese año; el Reformatorio de Ocaña 28 de noviembre de 1940; la prisión de Albacete el 25 de junio de 1941; y, por último, el Reformatorio de adultos de Alicante, 29 junio de 1941.

No hay, como ya hemos señalado, correspondencia entre Miguel y Cossío en ese tiempo, pero los testimonios recogidos son lo suficientemente elocuentes como para pensar y defender que el vallisoletano no dejó ni un momento de ocuparse y preocuparse por la suerte del amigo.

Hoy se puede y se debe aceptar que los verdaderos amigos de Miguel Hernández hicieron por él todo lo que, en aquellas terribles circunstancias, era posible hacer. Y se puede también aceptar que Cossío no mentía cuando se animó a decir: «Lo que nadie sabe es que me tuve que levantar una noche a las dos o las tres de la madrugada y hablar con (aquí el nombre de un ministro, el de un general...) para que no le fusilaran al día siguiente... Pablo Neruda sí que pudo haber hecho algo por él, recogerlo en la embajada de Chile...».

La siguiente carta, conservada en la Casona de Tudanca, fue escrita por Juan Guerrero Ruiz a Cossío un mes antes del fallecimiento del poeta, concretamente el 22 de febrero de 1942. En ella se aprecia el interés protector de José María de Cossío por el estado del enfermo:

> Madrid 22 febrero 1942
>
> Querido amigo José María: Estoy en comunicación directa con el médico que asiste a Miguel Hernández, que es hijo de un amigo mío, y me informa de su grave estado. Ya te leeré su carta cuando pueda verte. Lo mejor para Miguel sería lograr la libertad

atenuada y su ingreso en un Sanatorio; así tal vez lo pudiéramos salvar para la poesía española y para los suyos.

He hablado del caso con Laín Entralgo y va a hacer gestiones en favor suyo. Yo las hago también cerca del Ministerio de Justicia, y te aviso para que lo sepas y te unas a nosotros en la petición.

Cuando puedas venir a casa o yo pueda acudir otro día a una cita tuya no dejes de llevarme las fotos de Miguel que me interesan mucho.

Te indico mis teléfonos para que podamos hablar pronto.

Casa: 57007

Ministerio: 36475

Un abrazo de tu buen amigo

(Firmado: Juan Guerrero)

Sin, embargo, pese a toda la evidencia, y desde la ventaja que supone juzgar desde la distancia y el desconocimiento acaso, personalidades tan deslumbrantes e influyentes como la de Pablo Neruda sentenciaron a Cossío y a otros intelectuales y escritores que sobrevivieron al régimen franquista, midiéndolos a todos por el mismo rasero.

Hemos dejado para el final el poema que Neruda dedica a Hernández en el *Canto general*, capítulo XII, «Los ríos del canto»: «A Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España». Podemos leer en él: «Que sepan los que te mataron que pagarán con sangre./Que sepan los que te dieron tormento que me verán un día./Que sepan los malditos que hoy incluyen tu nombre/en sus libros, los Dámasos, los Gerardos, los hijos/de perra, silenciosos cómplices del verdugo,/que no será borrado tu martirio, y tu muerte/caerá sobre toda su luna de cobardes».

Neruda habla de Gerardo Diego, de Dámaso Alonso, pero también de «los malditos que hoy incluyen tu nombre en los libros». Sabemos que Gerardo Diego no incluyó, en sus *Antologías de poesía española* de 1932 y de 1934 el nombre de Miguel Hernández, quien por esas fechas apenas tenía una obra publica. Tampoco Dámaso Alonso estudió la poesía del poeta oriolano en sus ensayos ni en sus estudios de poetas españoles contemporáneos. Lo que cabe señalar es que, entre ««Dámasos» y «Gerardos», había otros personajes que Neruda no mencionó. Y es aquí donde muchos quisieron ver el nombre de José María de Cossío, el único que había incluido a Hernández en sus libros.

La primera edición de *Canto general* vio la luz en 1950. En el mes de septiembre de 1949 apareció en Buenos Aires la edición de Austral de *El rayo que no cesa* y *El silbo vulnerado*, libro preparado y prologado, como sabemos, por José María de Cossío. No es difícil suponer que entre ambas publicaciones, la de Cossío y la de Neruda, pudo éste último escribir los versos injuriosos contra los poetas españoles que menciona y sugiere. A ello hay que sumar la edición, en 1947, del tercer volumen de *Los toros* elaborado por Cossío. También allí, en las páginas 360-361 del capítulo titulado «Los toros y la Poesía», el benefactor de Hernández dedicaba once líneas al poeta de Orihuela, haciendo evidente sus preferencias literarias y afectivas hacia él con elogios francamente conmovedores.

Leopoldo Panero publicó en 1953, como reacción a estos versos de Neruda, un libro titulado *Canto personal. Carta perdida a Pablo Neruda* (Madrid, Cultura Hispánica), con una introducción que corría a cargo de Dionisio Ridruejo. Dada su fidelidad a Cossío, Ridruejo vertía en aquellas líneas su indignación y las lanzaba agriamente contra el autor de

Canto general en estos términos: «...Y es demasiado que Neruda acuse a José María de Cossío de haber cenado con los carceleros de Hernández, cuando sabe que, él, fue hasta el último instante la providencia de Hernández». Tampoco tienen desperdicio las estrofas que Leopoldo Panero dedica en su obra a Neruda:

> Cuervo (pero a sabiendas) picoteas
> los huesos insepultos todavía;
> y a quien salvó a Miguel, le abofeteas.
>
> * * *
>
> Es tu exacta mentira tan tremenda,
> tan brumosa, injuriosa, venenosa,
> que arrancarte la lengua es poca enmienda.
>
> * * *
>
> Tu estético Caballo de Esmeralda
> para la poesía, ¡qué distante!;
> hoy eres un puñal contra la espalda.

Lo más ingrato del asunto es que la amistad entre José María de Cossío y Pablo Neruda llegó a ser pública, alcanzando momentos de enorme afecto en 1935, año en que ambos frecuentaban reuniones y tertulias en las oficinas de la revista *Cruz y Raya*, fundada por Cossío y Bergamín, así como en cafés y cenáculos de Madrid.

Cossío fue el último en enterarse de los ataques de Neruda. Desconocía los ofensivos versos de *Canto general*. Y solo tuvo conocimiento del agravio cuando Leopoldo Panero publicó su *Canto personal*. Así lo reflejó en las páginas de su diario el día 27 de junio de 1953: «...Por la tarde recibí libros... y finalmente el *Canto personal* de Leopoldo Panero. Contesta al *Canto general* de Neruda, donde, por lo que leo, este desdichado me insulta. Me entero por la defensa generosa del poeta y de Dionisio Ridruejo, que prologa el libro».

No vamos a poner de nuevo en discusión quién hizo más por la salvación de Miguel. Lo que debe prevalecer es la idea, y la convicción, de que hubo una lealtad y un respeto recíprocos entre Hernández y Cossío, y de que ambos lo manifestaron así, pese a la actitud que cada uno tomara en lo ideológico y en lo social.

Para concluir, consideramos de gran interés reproducir aquí parte de la carta que José María de Cossío remitió al director de la revista *La Estafeta Literaria*, publicada en marzo de 1967. Sus palabras, cargadas de elocuencia y emoción, resumen por sí mismas la tesis defendida en este trabajo:

MIGUEL EN LA MEMORIA

> Sr. D. Luis Ponce de León
>
> Director de *La Estafeta Literaria*
> Madrid
>
> Mi querido amigo:
>
> Te agradezco tu petición, porque yo hubiera solicitado de todos modos la inclusión de mi nombre en las páginas que dedique *La Estafeta Literaria* a Miguel Hernández,

porque la historia literaria está tan entrañada en mi recuerdo que en cualquier acto escrito dedicado a su memoria sería yo el que solicitara ser personaje participante. Hasta tal punto es entrañable mi admiración por el poeta y mi recuerdo por el amigo y compañero inolvidable.

...Tuve la fortuna de tenerle a mi lado en la editorial Espasa-Calpe, y en mi libro *Los toros*, especialmente en el tomo de biografías de toreros, colabora asiduamente, y yo sabría señalar muy bien las biografías de alguna importancia que él escribió. Cierto que ello no añadiría ningún rayo esplendoroso a su gloria, pero sí me serviría a mí de recordatorio de la evolución de sus gustos y de su sensibilidad que había de reflejarse mejor en su poesía.

...Fue Miguel Hernández uno de los poetas de mayor personalidad y genialidad de quien he tenido noticia. Su genio poético puede adivinarse desde sus primeras composiciones, y en el contacto con la espléndida generación poética de anteguerra supo acendrarse y tener una personalidad propia entre los poetas jóvenes de una generación inolvidable que se llamaron: Salinas, Guillén, Alberti, García Lorca y Gerardo Diego.

...No está en mi ánimo ni en mi tiempo hacer una semblanza, ni mucho menos una crítica de su labor, pero he de agradecer la ocasión que me proporcionas de proclamar mi admiración, mi entusiasmo y mi cariño por uno de los poetas más extraordinariamente dotados de todas las épocas de la poesía castellana y de un amigo entrañable, recordado siempre a través de tantas vicisitudes y que inevitablemente proyecta su sombra en una época de confusión social y política como no ha conocido España en la época contemporánea. La generación cuyos nombres más representativos he dado, recaba, si no con rigor cronológico, con toda justicia el recuerdo de Miguel Hernández, que con ella convivió siendo más joven en edad pero no menos alto en ambición y logros poéticos.

Se ha escrito mucho, y casi todo discreto, sobre la poesía de Miguel Hernández. Mucha dedicación, mucho cariño y mucho estudio espera todavía su obra, que le sitúa en la vanguardia de los mejores poetas de su tiempo.

Un abrazo de tu buen amigo,

JOSE MARÍA DE COSSÍO

BIBLIOGRAFÍA

ALEIXANDRE, Vicente, *Los encuentros*, Madrid, Ed. Guadarrama, 1958.

ALEMANY BAY, Carmen, *Miguel Hernández*, Alicante, Fundación Cultural Caja de Ahorros del Mediterráneo, 1992.

ALTOLAGUIRRE, Manuel, «Noticia sobre Miguel Hernández", en *Miguel Hernández*, María de Gracia Ifach (ed.), Madrid, Taurus, colección El escritor y la crítica, Madrid, 1975.

CANO BALLESTA, Juan, *La poesía de Miguel Hernández*, Madrid, Gredos, 1962.

CASTANEDO PFEIFFER, Gunther, *Un triángulo literario: José María de Cossío, Miguel Hernández, Pablo Neruda*, Santander, Asociación Voces de Cotero, 2005.

COLLADO, Pedro, *Miguel Hernández y su tiempo*, Madrid, Ediciones Vosa, 1993.

COUFFON, Claude, *Orihuela y Miguel Hernández*, Buenos Aires, Losada, 1967.

CRESPO LÓPEZ, Mario, *José María de Cossío. Vida hasta la guerra civil (1892-1939)*, Santander, Icom Global, 2010.

FERRIS, José Luis, *Miguel Hernández. Pasiones cárcel y muerte de un poeta*, Madrid, Temas de Hoy, 2010.

GIL-ALBERT, Juan, *Memorabilia (1934-1939)*, en *Obra completa en prosa*, Vol. 2, Valencia, Institución Alfonso el Magnánimo, Diputación de Valencia, 1982.

GÓMEZ Y PATIÑO, María, *Propaganda poética en Miguel Hernández. Un análisis de su discurso periodístico y político (1936-1939)*, Alicante, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, 1999.

GUERRERO ZAMORA, Juan, *Miguel Hernández, poeta (1910-1942)*, Madrid, El Grifón, 1955.

—*Proceso a Miguel Hernández. El Sumario 21.001*, Madrid, Ed. Dossat, 1990.

GUTIÉRREZ CARBONELL, Miguel, *Proceso y expediente contra Miguel Hernández*, Alicante, Compas, 1992.

GUZMÁN, Eduardo de, *Nosotros los asesinos*, Madrid, G. del Toro editor, 1976.

HERNÁNDEZ, Miguel, *Obra Completa, Poesía*. I, Madrid, Espasa-Calpe, 1992.

—*Obra Completa, Teatro, Prosas, Correspondencia*. II, Madrid, Espasa- Calpe, 1992.

—*Las cartas a José Mª de Cossío*, «Presencia de Miguel Hernández» por Vicente Aleixandre (pp. 9-10), prólogo (pp. 11-12), estudio y notas de Rafael Gómez, Santander, Institución Cultural de Cantabria, 1985.

HOYO, Arturo del, *Escritos sobre Miguel Hernández*, Orihuela, Fundación Cultural Miguel Hernández, 2003.

IFACH, María de Gracia, *Vida de Miguel Hernández*, Barcelona, Plaza y Janés, 1982.

LEÓN, María Teresa, *Memoria de la melancolía*, Barcelona, Ed. Bruguera, 1979.

MANRESA, Josefina, *Recuerdos de la viuda de Miguel Hernández*, Madrid, Ediciones de la Torre, 1980.

MARTÍNEZ MARÍN, Francisco, *Yo, Miguel. Biografía y testimonios del poeta Miguel Hernández*, Orihuela, Ed. Félix, 1972.

MUÑOZ HIDALGO, Manuel, *Cómo fue Miguel Hernández*, Barcelona, Planeta, 1977.

NERUDA, Pablo, *Confieso que he vivido*, Barcelona, Ed. Argos Vergara, 1979.

ONTAÑÓN, Santiago, *Unos pocos amigos verdaderos*, Madrid, Fundación Banco Exterior, 1988.

POVEDA, Jesús, *Vida, pasión y muerte de un poeta: Miguel Hernández. Memoria- Testimonio*, México, Ed. Oasis, 1975.

ROMERO PÉREZ, Diego, *Miguel Hernández en mi recuerdo*, Camas (Sevilla), Imprenta SAND, 1992.

ZARDOYA, Concha, *Miguel Hernández (1910-1942). Vida y obra. Bibliografía. Antología*, Nueva York, Hispanic Institute in the United States, 1955.